

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los lea y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

EL CASCABEL, agradecido á la benévola acogida que ha merecido, tanto en Madrid como en provincias, se ha propuesto hacer todos los sacrificios imaginables para que el favor del público no le falte nunca. Promete, pues, y EL CASCABEL cumple lo que promete, que dará, cuando haya ocasión y sea oportuno, retratos de personas verdaderamente notables, y caricaturas de actualidad. No dará grabados ahora en todos los números, pero los lectores de EL CASCABEL pueden tener seguridad de que todo suceso notable por lo sublime ó lo ridículo, toda eminencia española que lo merezca, ó extranjera que nos visite, aparecerán en las columnas de EL CASCABEL, sin que por esto alteremos el precio de la suscripción, mientras se publiquen cinco números mensuales.

Hoy publicamos el retrato de Adelina Patti, prodigio musical, que vamos á oír en el Teatro Real, artista que ha conquistado en breve espacio una reputación universal, y un sueldo que ya lo quisieran los suscritores y los redactores de EL CASCABEL.

El texto de EL CASCABEL será siempre de lo mas esmerado y selecto; no daremos solamente artículos de sus redactores; daremos tambien lo mas notable y escogido de La Bruyere, tan poco conocido en España, de Quevedo, de Edgardo Poe, de Hoffman, de Jouy, de Alfonso Karr, de Paul de Kock, de Souvestre, de Ponson du Terrail, etc.; de manera que no será nuestro periódico únicamente una lectura amena y entretenida, sino tambien útil, instructiva, y nunca peligrosa; pues tendremos el mayor cuidado en que en ella no puedan hallar los mas escrupulosos nada que esté escrito en un sentido que pudiera chocar con la moral y las buenas costumbres, que los redactores de EL CASCABEL respetan muy mucho.

Y para que no se olvide, volvemos á decir que EL CASCABEL se publica cinco veces cada mes y cuesta 2 rs. al mes y 5 por trimestre en Madrid, y 2 y 6 rs. respectivamente en provincias, y se suscribe en su Administracion, calle de Jardines, núm. 11, librería, y en todas las del reino.

ADELINA PATTI.

Esta célebre artista nació en Madrid el año de 1843, hija de padres italianos escriturados en aquella temporada en el teatro del Circo, donde actuaban por entonces las compañías de ópera. Lleváronla sus padres al Nuevo mundo, don-

de desde muy temprano empezó á indicar la niña Adelina disposiciones extraordinarias para la escena, representando papeles adecuados á su edad. Debutó como *prima-donna*, y su gracia, su preciosa voz, sus admirables facultades, su extraordinario instinto produjeron el mayor entusiasmo, é hicieron comprender á los inteligentes que Adelina Patti seria pronto la primera entre las primeras.

Es superior á todo encarecimiento el éxito



ADELINA PATTI.

que obtuvo esta afortunada artista en el teatro de Londres. Jamás se han visto allí mayores triunfos artísticos ni tan unánimes ovaciones. Otro tanto ha sucedido en Paris, y otro tanto sucede en cuantos teatros tienen la fortuna de que los honre tan eminente artista.

Nosotros la oiremos pronto en nuestro teatro Real, y podremos juzgarla; su presentación en nuestra escena es un acontecimiento esperado con una impaciencia y una curiosidad completamente justificadas por la reputación extraordinaria de que viene precedida.

Adelina Patti no es solo una cantante notabilísima, sino una actriz consumada, á pesar de sus veinte años de edad, que es la cualidad que

mas le envidiamos; en la vida privada esta artista es un modelo de amabilidad, de sencillez y de modestia.

Es, en fin, Adelina Patti una naturaleza privilegiada, que canta y representa sin esfuerzo alguno, sin estudio, casi sin arte, y que hace verdaderos prodigios de vocalización con la mayor naturalidad del mundo, y como se hiciera una cosa por extremo fácil y sencilla.

Deseámosla un completo triunfo en nuestra escena, y nos enorgullezca que haya nacido en nuestra patria una artista tan notablemente notable.

MI PERRO.

Yo tenia un perro. ¡Pobre animal!

Es preciso que os cuente su historia, que escriba las memorias de mi perro, porque era un inteligente y dignísimo cuadrúpedo.

Estas memorias serán además un *mea culpa* que consolará mi conciencia.

Lo encontré una noche de invierno, tiritando de frio, y guarecido acobardado en el dintel de un portal.

Otro me hubiera salido al paso, me hubiera suplicado, me hubiera acariciado, y quizá yo entonces no le hubiese hecho caso,—que tal es la condición humana.

Pero aquel perro era mas astuto que todo eso, y conocia el mundo como un filósofo.

No se movió; solamente cuando yo pasé, exhaló un triste gemido.

Era una manera tierna y discreta de insinuarse, y me conmovió.

—Tóma! le dije sin darle maldita la cosa.

Y el perro echó á andar detrás de mí.

Sus ojos brillaban, en la oscuridad; parecia como que queria espresarme con los ojos el placer que le causaba haber logrado interesarme.

—Hé aquí, exclamé, un perro, á quien no falta mas que la palabra.

No tardé en advertir que aquel perro era, en cuanto á inteligencia, fantásticamente superior á muchos hombres.

La primera vez que hice este descubrimiento, fué un dia que tuve convidados á comer en casa siete ú ocho amigos.

Mi perro hasta entonces me habia manifestado un cariño sin límites; me seguia á todas partes, me acariciaba, saltaba y brincaba si me veia contento, y se me veia sombrío se echaba humilde á mis piés, y con su cariñosa mirada parecia querer consolarme y alentarme.

Aquella tarde el perro no pareció por el comedor, y yo, entretenido con mis amigos, ni me acordé del perro.

La comida estuvo muy animada; mis amigos, a quienes habia leido una comedia de mi composicion, me habian proclamado el primero de los sabios de todos los siglos.—Verdad es que la comida fué muy espléndida, y abundaron el Sauterne y el Champagne y los vengueros.

Mucho tiempo hacia que no pasaba yo tan agradablemente el tiempo.

Mis excelentes amigos se retiraron uno á uno, dándome las mayores seguridades de desinteresado afecto; y la comida me costó 100 duros, y hube de repartir 200 entre varios amigos que tenian perentorias necesidades, y que no querian dejar de darme la prueba práctica de confianza de pedirme dinero, para que se aquilatará precisamente su amistad y la mia.

Quando fui á acostarme, creyéndome un hombre importante, y soñando triunfos teatrales y parlamentarios,—que á todo llegaría yo ayudado de tan buenos amigos,—ví al perro inmóvil al lado de su escudilla vacía. Con la fiesta y la honra que me habian dispensado mis amigos, viniendo á comerme un lado, me habia olvidado de dar de comer al perro.

El pobre animal me miraba, pero de una manera tan singular y profunda, que casi me hizo bajar los ojos avergonzado. Mi perro me hablaba á su manera; observando con mas atencion su mirada, ví en ella estas frases tan claras como las de un discurso bueno, y mas claras que las de muchos discursos malos que se oyen por ahí.

El perro me decia:

—Este es el mundo.—Al amigo fiel, al que te acaricia, al que se alegra cuando te alegras, y se entristece si te entristeces, le olvidas por esos amigos parásitos que vienen á esplotarte, que te abandonarán el día que te hayan dejado sin un ochavo.—¿No has visto cómo se han emborrachado á tu costa, cómo se han llenado los bolsillos de cigarros, porque no acostumbran á fumarlos tan buenos?... ¿Piensas que no contarán á todo el mundo que tu comedia es detestable, y que tú eres un necio de primera fila? ¡Considera, pues, si por esos falsos amigos, si por el ridículo que echaran sobre tí, debias abandonar á tu amigo leal, al que nunca puede hacerte traicion, y dime si no eres un imbécil!

Esta palabra con todas sus letras estaba impresa en la mirada del perro.

Me acosté de muy mal humor, y un si es no es ofendido de las reconvenções del perro, que ni de los perros queremos sufrir los humanos las verdades que no nos halagan.

Poco tiempo despues, me convidaron á un baile en una casa principal.

Para hacer buena figura en aquella solemnidad, como la mia es mala, tuve que recurrir á todos los artificios de la elegancia.

Mi zapatero me llevó seis duros por unas botas tan elegantes y tan estrechas que, con ellas puestas, el dedo pequeño del pié lo tenia casi montado en el gordo, y desde los piés me subia á los ojos una emocion tal, que me hacia ver en una noche de tormenta todas las estrellas conocidas y otras tantas mas que yo solo conocí entonces; mi sastre me administró un frac con el que no me atrevia á mover los brazos, y de un paño tan fino, que costaba á 10 duros vara, y con una hechura tan singular, que si saliera á la calle con él me cazarian como á un venecio; la planchadora se esmeró, y me puso el cuello de la camisa en una disposicion que hubiera dado una idea luminosa para añadir uno mas á los suplicios de Régulo, si los cartagineses hubieran estado mas civilizados y conocido á mi planchadora.

Pero estaba vestido, eso sí, con todas las reglas del arte y de la moda.

Y á pesar de estar como en un potro, me estaba delante del espejo, y, estasiándome, me regocijaba con pensar en el efecto que iba á hacer mi entrada en el baile.

De pronto tropecé con la mirada del perro.

¡Maldita mirada! entonces espresaba el mayor desden, al mismo tiempo que la mas triste amargura.

—Y nos llaman animales! decia el perro.

Yo le oia claramente.

—¿Te parece, decia, que yo, que soy un animal, me atreveria á vestirme de esa manera ridicula, ni creeria, si me vistiera así, que mi figura era para admirar á nadie?—¿No conoces que con ese traje estás ridiculo y absurdo? ¿No conoces, amo mio, que la naturaleza no te ha dado gracia y gentileza, y que en vano quieres que el arte supla en tí á la naturaleza?

Y el perro empezó á dar vueltas, y á mirarme, y á reirse de mí á carcajadas.

Porque aquel perro se reia tambien.

La risita del perro, ser que consideraba infinitamente inferior á mí, irritó mi amor propio y mi orgullo, y acabé por dar un puntapié al perro, que se fué á un rincon sin murmurar la mas leve queja.

Mi perro era incorregible.—Un día me decidí á pedir prestada una buena cantidad á un usurero,—agente de negocios se llamaba él, pero bueno es dar á cada uno su nombre.—

El tal sugeto estaba duro de pelar, es decir, que no se resolvía á darme su dinero con las garantías que yo le presentaba.

Trataba yo de seducirlo.

—Don Judas, siéntese usted. Don Judas, cúbrase usted. Don Judas, ponga usted los piés en esta banqueta. Don Judas, ¿quiere usted una copita de jerez y unos vizcochos? Don Judas, ¿quiere usted un habano?

Todo esto le decia yo á mi usurero, que me oia con cara de renegado, y sin que le conmovieran mi solicitud y amabilidad.

—Ahora, si usted lo permite, hablaremos de nuestro negocio. Decíamos que, hipotecando una casa que poseo en Carabanchel....

De pronto me interrumpió un furioso ladrido, y mi perro, á quien urgaba con el baston el usurero, se tiró á las piernas de este.

—¡Aquí! grité furioso al animal.

—Mate usted á este perro, gritaba el prestamista.

Pero el perro luchaba por alcanzar algun pedazo del viejo, que tuvo que tomar el partido de marcharse instantáneamente, defendiéndose con el baston lo mejor que pudo, y no sin que el animal le abriera dos ó tres sietes en el pantalon.

Apenas salió el usurero, el perro pareció quedar contento; y, aunque le castigué cruelmente, en su mirada se veia una gran satisfaccion, como si el animal tuviera la conciencia de haber hecho una buena accion.

Yo he hecho en mi vida muchas tonterias, y entre ellas la de casarme. El día que pedí la mano de mi novia, como tenia ya bastante confianza en su casa, llevé el perro, que mi novia y su madre conocian de oidas, y tenian gran deseo de ver.

—Hola, me dijo aquella; ¿trae usted el perro?

—Sí, señora, aquí está á la disposicion de usted, como todo lo que me pertenece.

—Muchas gracias. ¡Qué bonito es! Ven, toma, ven.

El perro gruñó sordamente, y fué á guarecerse en un rincon.

Yo supliqué y amenacé al perro, pero este no quiso saludar á la señora de mis pensamientos.

Quise castigarle, y me encontré con la mirada que el animal me dirigia; pero, ¡qué mirada! una mirada de desprecio y compasion.

El perro me decia: «Tonto, mas que tonto, ¿no ves que esa mujer no te quiere? ¿no ves que se casa contigo porque tienes ó cree que tienes dinero?... ¿Por qué dejas por ella á la compañera de tu infancia, á la que en tu aldea cuenta tristemente las horas que tardas en ir á cumplir la palabra que con ella tienes empeñada?»

No pude sufrir mas las reconvenções del perro; sali de casa de mi novia, fuime con el perro al canal, y vergüenza me causa decirlo, cometí la villanía de arrojar el perro al agua y huir inmediatamente; espantado de mi crimen.

Tuve muchos amigos que me esplotaron grandemente, aquel usurero, y otros luego me arruinaron.

Mi mujer me dió una vida de perros.

Y un día imaginé el crimen de acabar con mi

existencia, y me dirigí al canal con animo de zambullirme en el mismo sitio en que cayó mi pobre perro.

Allí me detuve, allí recordé toda mi vida pasada, y al volver la vista á Madrid para dirigirle una mirada de despedida, ví al perro, al mismo perro, me que me miraba llorando.

Alguno se reirá de lo que digo, pero no por eso dejaré de decir que el perro lloraba.

Un guarda del canal le habia salvado, y el perro era su compañero.

Por mas que hice, el perro no me quiso seguir, con gran satisfaccion de su nuevo amo.

Escuso decir que no me tiré al canal.

Desde entonces, todos los días visité al perro, hasta que el pobre murió.

Volví á merecer su amistad, y desde entonces la fortuna volvió á favorecerme.

LA MAMA Y LAS NIÑAS.

Conozco hace algunos años una respetable señora, viuda de un intendente—(á juzgar por el prodigioso número de viudas de intendentes que andan por esas calles de Dios, podría creerse que cada intendente ha sido esposo de diez ó doce mujeres)—que tiene tres hijas graciosas, frescas y muy compuestas, conocidas en el Prado, en los anfiteatros de nuestros coliseos, y por supuesto en el paraiso del Real, en los bailes de máscaras, en las iglesias cuando hay funciones solemnes, y sobre todo en su casa, calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero.

Estas señoras son las de Morales; así las llaman sus conocidos y amigos, aludiendo al nombre del intendente, que fué á morir precisamente cuando mas falta hacia en el mundo; porque, como dice su viuda doña Nicolasa, si las tres hijas hubieran sido hijos, sobre no darle tantos cuidados, hoy le servirian de algo, y ella no tendria quebraderos de cabeza, porque los tres podrian estar colocados, y malo habia de ser que no procuraran ayudar á su madre. Pero como no son hijos sino hijas las que doña Nicolasa dió á luz, la pobre señora ha tenido que armarse de paciencia, y educarlas de la mejor manera posible, para que las tres puedan llegar á cumplir su mision en este mundo, cuya mision consiste en hallar cada una un hombre honrado con quien unirse en matrimonio..... y ¡á vivir, tropa!

Y como para hallar una cosa, las mas de las veces es preciso buscarla, y como hallar un marido es mucho mas raro que encontrar veinte mil duros en medio del arroyo, he aquí por qué doña Nicolasa busca hace bastante tiempo lo que sus hijas necesitan, y porque estas no han encontrado aun los tres próximos á quienes la buena de la intendenta ha de dar el dulce nombre de hijos, diciéndoles de paso: «¡Ahí queda eso!»

Las de Morales son, como he dicho, conocidas en todas partes; si vá usted al Prado, allí se las encontrará usted sentadas, muy serias las cuatro, sin hablar ni ellas ni la mamá, mas que para decirse:—¡Ahí vá Juanito!—Ese es el pollo del otro día.—¡Mira, mira qué elegante vá la de Rosales!—¡Cómo vá luciendo el marido!—¡Pues ya está bien desengañada! etc., etc. Si al capitán general se le antoja pasar revista á la guarnicion, al mismo tiempo que van los batallones á formar, van tambien doña Nicolasa y sus hijas, con objeto de recorrer la línea, y como si tuvieran particular interés en admirar la apostura y gallardía del soldado; y en honor de la verdad debo decir que ellas pasan revista á las tropas con mas detenimiento y mayor escrupulosidad que el mismo general, y se informan sobre todo con especial atencion del buen porte de los oficiales, que son los que deben dar ejemplo al soldado de aseo y marcialidad.

Si hay procesion ó se celebra el aniversario del 2 de mayo, ó se abren las Cortes, ó se lleva al cementerio á un personaje, no faltarán en la carrera las de Morales, aunque las abraze un sol de justicia; si fulanito recibe la investidura de doctor en la universidad, ellas son las primeras que toman asiento en el Paraninfo; si un sabio es recibido académico en la española ó en la de historia, ó en cualquiera otra academia, allí verán ustedes á doña Nicolasa y las niñas, oyendo con profunda atencion un discurso sobre el arte griego ú otro sobre aquel célebre hecho de las mujeres de Lenmos, que abandonadas, por intrigas de Venus, de sus maridos, ahogaron en una noche á todos los nombres de la isla, ú otro sobre la imprescindible necesidad que tiene el hombre de la mujer, y viceversa, para constituir la familia, etc., etc., discursos que luego dan á las de Morales ocasion de hacer caprichosos comentarios, y en los que rara vez dejan de hallar algo que aplicar á sus circunstancias. En Semana Santa, recorren todas las

glesias, y se pasan cinco ó seis horas oyendo sermones, sentadas en el santo suelo; si no hay bancos en el templo; y antes, en Carnaval, se han pasado las tres y las cuatro noches seguidas sin pegar los ojos, sofocadas con la careta, bailando con los amigos, y bromeando á mas y mejor; y en esas noches, hasta doña Nicolasa ha dado sus vueltecitas de wals, porque como tiene buena estatura y buen pelo, con la careta parece otra cosa y dá un petardo á cualquiera, además de que ella es el demonio para eso de embromar y marear á los hombres en las máscaras, tanto que todos se van tras ella, y se la disputan para bailarla y para llevarla al ambigü, lugar del desengaño, pues una vez allí, la pobre señora no puede mas con la careta, y se la quita para comer á gusto, y presenta sus tres hijas, cuya presencia consuela al desgraciado mancebo, al mismo tiempo que le pone en el caso de *esponcarse* más de lo que pensaba ó de lo que le permite su condición de oficial 32.º de la clase de décimos de un ministerio, ó teniente graduado, ó sargento 1.º y escribiente de la dirección de infantería.

Y todo esto lo hace doña Nicolasa por las niñas, porque ya hay que pensar, y lo está pensando hace ocho años—en que se coloquen, y este resultado no se consigue teniéndolas metidas en casa y sin ver á nadie, sino llevándolas, por el contrario, á todas partes, y adquiriendo amigos, aunque sea en el infierno, para lo cual tiene doña Nicolasa un *don de gentes*, que todos simpatizan con ella y á todos les gusta su conversacion, tanto, que si hubiera querido volver á casarse, y hubiera mirado mas por sí que por las niñas, no le habrían faltado proporciones....

Así es que á las de Morales las conoce todo el mundo, y todo el mundo va ó ha ido á sus reuniones, que tambien tienen de cuando en cuando un poquito de baile al compás de un piano, que no sabe mas que una polka, y el tango, que es todo lo que ha podido aprender de oído la hija menor de doña Nicolasa, y un ratito de juegos de prendas, y un par de horas de conversacion, y por supuesto, una bandeja con vasos de agua, esponjados, bizcochos, magdalenas, y pan de higos, que de Valencia envía á doña Nicolasa un hermano de su marido.—Y cada noche de reunion hay seis ú ocho *presentados*, á los que reciben las de Morales con su proverbial amabilidad, procurando doña Nicolasa que todo *presentante*, digámoslo así, enumere las circunstancias y condiciones de todo *presentado*, comunicándoselas ella despues á sus hijas, que por su parte hacen cuanto pueden por merecer la simpatía de los recién llegados, posponiendo siempre al pobre que vino antes, por lo cual hay quien dice que el que mas distinciones merece en aquella casa es el último que llega.

Conociendo á tan gran número de personas, y siendo las chicas de Morales, como las llaman sus amigos, bonitas y amables, es prudente calcular que tendrán un sin número de apasionados, que cada dos dias recibirá cada una de ellas una declaración, por lo menos de atrevidos pensamientos, y que si su juventud y su belleza duraran siquiera diez años mas, podrían decir que todos los habitantes masculinos de Madrid, excepto los niños y los ancianos,—(como se advierte en las notas de los carteles de los novillos, para evitar desgracias)—habían sido pretendientes suyos.

Las de Morales no se ocupan en nada; solo la madre suele de vez en cuando dedicarse á repasar la ropa, y á quitar ó poner volantes á los vestidos de las niñas, ó á arreglar los *fichus* del año pasado para que puedan servir en el presente, ó á poner el cuerpo de un vestido blanco en la falda de un vestido negro, ó viceversa, y á otras pequenezes por el estilo; pero diez ó doce veces al dia tiene que tirar la aguja, porque vienen visitas, y no está bien que las niñas las reciban solas, además de que siempre sucede que la mayor está sin peinar, y la mediana se está peinando, y la menor va á peinar á la mayor.

Una cosa estraña sucede en casa de doña Nicolasa; que cada año se releva la guarnicion, es decir, que cada año van distintas personas á sus reuniones; hace dos años iban todos los escritores, poetas y periodistas de la villa, y el año pasado solo iba la oficialidad de la guarnicion, de alférez á capitán inclusive, y en el presente, solo van los vecinos de la casa.—Eso sí, con la vecindad siempre está en buenas relaciones la intendenta, y muchas veces sucede que la niña mayor está en el cuarto principal, y la menor en el segundo, y la mediana en el bajo; y esto lo hacen no mas que con objeto de hacer conocimiento con las personas que visitan á los vecinos, y estender de esta manera su ya imperecedera fama.

Y en tanto pasan los años, y las tres hijas de doña Nicolasa continúan sin novedad en su estado de merecer, y cada diez dias tienen dos de un humor de todos los diablos, porque su amiga fulana se ha casado, ó porque su vecina zutana se va á casar, ó porque á mengana la pretende un marqués, ó por otros motivos por el estilo.

Pues, ¿por qué no se casan esas pobres chicas? preguntará el lector.

No se casan porque hace mucho tiempo que desean casarse, y porque no han sabido disimular el deseo que las animaba á poner buena cara á todo el mundo masculino, y á recibir en su casa á todo viudo soltero ó viudo, suponiendo que entre muchos alguno habia de entrar por el aro.

Pero nada; no ha habido novedad: cuando nacieron las tres hijas del intendente, la naturaleza se olvidó de enviar por otro lado sus tres medias naranjas; esta es la causa de que ellas no las hayan podido encontrar todavía.

Dias pasados estuve á visitarlas, y hallé sola á la madre, quien me habló poco mas ó menos en estos términos, contestando á mis preguntas acerca del estado de sus hijas:

—Ellas y yo estamos aburridas, porque, ya vé usted, al fin somos cuatro, y las cosas ya sabe usted cómo están, y con mi viudedad, por mas que yo la estiro, no se pueden hacer muchos milagros, porque ya vé usted, las niñas,—y la que menos tiene 27 años,—tienen que vestirse; y como á una la conocen en Madrid hasta las piedras, y siempre nos han visto, vamos, si no con lujo, al menos decentes, si ahora nos presentásemos de cualquiera manera, seria esponernos á la critica, porque ya lo sabe usted, en el dia mas se mira al traje que á la persona, y en cuanto á una la ven caída, ya no hay quien le dé la palabra de Dios. Y no crea usted que gastemos en regalarnos, no señor; aquí,—á usted se lo digo porque es de confianza, no salimos de sota, caballo y rey, y gracias...—Y luego, si las niñas se colocaran, pero si, si, ya baja! á la mayor le hace cocos ahora un viudo, buen hombre, eso sí, con seis hijos de su difunta, muy formal y que hará feliz á una mujer; pero ya vé usted, el pobre no tiene mas que veinticinco duros al mes en la vicaria, donde está empleado; aquí le queremos mucho, y él tambien nos quiere estraordinariamente, lo mismo que sus chicos, que son de la piel del diablo, y que se han aficionado de tal manera á nosotras, que ya no quieren comer con su padre, sino que aquí se vienen á comer diariamente los angelitos; á Cándida la quiere un capitán de la guardia civil, arrogante figura, un moceton que no cabe por esa puerta, pero tiene tres hermanas que dependen de él, y es natural no quieren que se case, porque entonces ellas perderian ese arrimo, y él no sabe qué hacer, y no acaba de decidirse en un año que hace que me habló de sus buenas intenciones; la otra no tiene novio ahora, y como vé que sus hermanas lo tienen, malo ó bueno, siempre está de pueta con ellas, y siempre andan á pícame Pedro que picarte quiero, y arman cada pelotera, que solo yo puedo sufrirlas...»

No quise oír mas, miré el reló, dije que era demasiado tarde para mí, y me despedí de doña Nicolasa, á tiempo que se presentaban los seis chicos del viudo, armando un estrépito infernal, y trayendo cada uno un pedazo de pan que, al entrar, les habia dado la criada en la cocina.

Si se casan las hijas de doña Nicolasa, en vida de un servidor de ustedes, lo avisaré oportunamente; pero preveo que las hijas de doña Nicolasa no se casarán, ya he dicho por qué.

Y ahora dígame francamente el lector, ¿no es verdad que hay en Madrid muchas señoras parecidas á las de Morales?...»

CASCABELES.

Volvemos á llamar la atencion del Consejo de sanidad sobre los muchos empíricos, ó mas claro curanderos, que ofrecen curar en poco tiempo enfermedades, ó tenidas por incurables, ó que no ceden sino á tratamientos muy largos, y eso si los enfermos se entregan á los mejores y mas respetables médicos.

El CASCABEL se interesa mucho por la salud pública, aunque no cura á nadie.

Aviso á los golosos.—El Congreso de dentistas, que ya hay congresos hasta de traperos, reunido últimamente en Francfort ha proclamado como verdad incontestable que el tabaco no hace daño á la dentadura, pero que el azúcar la perjudica muy notablemente.

Tenemos que dar un horrible golpe á nuestros lectores.

Bueno será que no lean esta noticia sin llamar antes al médico, y reunir en casa todos los remedios indicados para los desvanecimientos, síncope, opresiones de corazón, etc., etc.

El CASCABEL daría lo que no tiene, daría una mano de cualquiera por dispensarse de dar esta noticia á sus lectores.

Bueno será que lean un tratado de filosofía, para prepararse á recibir esta noticia con serenidad.

¡Vaya, señores, sea lo que Dios quiera! la noticia

es que el dia de difuntos murió *El Constitucional*, un periódico que se publicaba en Madrid hace algunos años, sin que nadie lo notara.

Los cajistas que lo componian aseguran que su lectura era amena é instructiva, por demás.

¡Dichosos ellos que lo leyeron!

No pueden decir otro tanto nuestros contemporáneos.

El Madrileño se ha convertido en *Tribuna* desde el dia de difuntos.

Segun leemos en este periódico, los suscritores gozan de un anuncio de 8 líneas *gratis* cada mes.

¿Cómo se entiende esto?

¿Es que le ponen al suscriptor el anuncio en las narices?

Ya saben nuestros lectores que entre los gozes y placeres de la vida se cuenta el goze del anuncio.

Un periódico dice, anunciando la aparicion de la *Tribuna*, que antes cuando se llamaba el *Madrileño*, era de intereses materiales y regalos.

Hé aquí el memorial que hizo la *Sal* pidiendo el desestanco:

«Señor, yo soy doña Sal, persona de rumbo y rango, tan sazonado y en punto, que no viven los cristianos sin aderezar conmigo sus manjares delicados...»

Méritos tengo, y muy grandes y antiguos y muy preclaros, que la *salvacion* me debe la mitad de sus encantos, y otra mitad la *salud*, y otra mitad los *salarios*.

El *salmon* lleva mi nombre, y el nombre de un diplomático que hizo pesar sobre mi su sistema tributario.

No hay dama que sin mí valga y fuera mi pueblo esclavo, sin aquella mi victoria de los campos del *Salado*, y menos sin mi ley *sélica* tuvieran las hembras mando.

El *Saladero*, señor, es ya para mí el estanco, y ganas de *salir* tengo, á dar por el mundo un *salto*, y á quien me dé libertad prometo cantarle un *salmo*.

Señor, que me formen causa á ver si hice yo algo malo; si la *sala* me condena vuestro prestigio esta en *salvo*; mas si me juzga inocente yo con la *mia* me *salgo*.

Esto pide doña *Sal*, que es moza de rumbo y rango, y es alma de las mujeres y de los hombres encanto.»

Hé aquí ahora otra esposicion que ha hecho *El Tabaco* con el mismo objeto:

«Señor, don *Tabaco* soy, americano es mi origen, y males hondos me afligen por donde quiera que voy.

Yo soy del vago, solaz, y del mal humor beleño, y, adormidera del sueño, doy al hombre calma y paz.

Toda mi vida consumo en contrabandos y estorbos, me consume el hombre á sorbos, y por ser libre... soy humo.

Doy al soldado entidad, doy al paisano gracejo, presto juventud al viejo, y al adulto gravedad.

El mundo entero corri, y hoy que corro mas de prisa, sea en cueros ó en camisa, todos se sirven de mí.

Y me dan por galardón lo que á un prisionero abyecto, pues me *chupan* en efecto y á mas en contribucion.

Que V. E. de esta vida me saque, humilde le pido; cuando haya la *sal* salido deme V. E. *salida*.

V. E. lo hará, siquiera considerando mi estado... addo con la *Sal* estoy casado, y quedo sin compañera (1).

(1) Parte de estos versos pertenecen á un amigo de EL CASCABEL, gran poeta, muerto hace años.

En el teatro del Circo ha vuelto a ponerse el drama *Deudas de la honra*, obra que nos gusta bien poco, a pesar de los elogios de que de ella se hicieron cuando se estrenó. Allí hay un hombre que habla mucho de honra, siendo el padre de un hijo sin nombre, fruto de la perversidad del tal padre y del extravío de una mujer, una niña muy bien educada y temerosa de Dios, que tiene nada menos que otro hijo natural, un seductor repugnante que vacila en reparar su delito, y el hijo que resultó de la maldad del primer personaje que hemos citado, cuyo hijo natural viene a ser mejor que su padre, que la hija de su padre y que el padre del hijo de la hija de su padre.

Tiene buenos versos y se representa bien. Hay quien dice que el drama es bueno; no lo negamos porque lo dicen los que son mas sabios que nosotros; pero si lo negáramos, creeríamos estar en lo cierto.

En el teatro del Príncipe se ha vuelto a poner en escena la comedia de Scribe *Batalla de damas*, una de las más ingeniosas de aquel autor, a quien deben la fama y el dinero que han ganado muchos traductores de sus infinitas obras.

La ejecución de esta comedia es perfecta. Las señoras Diaz y Tenorio y los hermanos Catalina y y el señor Pizarroso merecen bien del arte y del público en la representación de *Batalla de damas*.

Remitimos puntualmente EL CASCABEL a los periódicos de Madrid, y hasta ahora solo nos han favorecido *La Razon española* y *El Espiritu público*, a los que damos gracias. Si los demás quieren hacernos tan señalado favor, se lo agradeceremos, y si no tan amigos como antes.

No dejaremos por eso de enviarles nuestros CASCABELES, por si tienen algun político a quien ponerse los.

Solucion de la charada del número anterior.

VAAMONDE.

Decia la *Discusion* el otro día que la señorita Patti no vendria ya a Madrid, pero parece que no tiene fundamento tal noticia.

¿Cómo habia de salir la empresa con esa patochada?

No quedaban patatas en Madrid que no las tirara el público a la escena del teatro Real si la Patti no viniera.

En el agua congelada del llanto que vertieran los aficionados a los buenos cantantes, podrian correrse patines en la platea del teatro Real.

Otros se arrancarían las patillas.

A las bellas abonadas les darían cien mil pataleas cada día que tardara la Patti mas de los convenidos.

Los padres y los maridos de las susodichas patelearían desesperados al ver el estado de las prendas de su corazon.

El empresario podria no pagar a la Patti, pero pagaria el pato.

Y al CASCABEL se lo llevaria pateta.

Que venga la Patti ya, que venga y no se detenga, que hasta que la Patti venga, Madrid sin consuelo está.

REVISTA DE MADRID.

El domingo fuimos a los cementerios, y nos paseamos por entre los muertos; luego nos volvimos, en anocheiendo, a comer castañas, a comer buñuelos; que si al fin y al cabo todos allá iremos, unos cuando mozos; otros cuando viejos; mientras que no vamos nos divertiremos. Entre cierta gente, la de medio pelo, hubo borracheras, hubo vapuleo, que es el aguardiente siempre pendenciero, y a la gloria saben golpes y buñuelos. El afan que todos

tienen por comerlos en tan triste día, yo no lo comprendo; cuando entre nosotros, en todos los tiempos, hay una abundancia grande de buñuelos?... ¿qué son las comedias tan malas que vemos?... ¿qué son los artículos de ciertos y ciertos periódicos graves que todos leemos?... ¿qué son los anuncios de los curanderos, que casi prometen curar a los muertos?... ¿qué algunas novelas que hacen los mas legos, los que acaso ignoran hasta el Padre nuestro?... ¿qué son las obrillas de traductorzuelos que autores se llaman, autores de *ageno*?... ¿qué hacen los hermosos críticos modernos?... ¿qué hacen los políticos?... Buñuelos! buñuelos!... El siglo que corre llamarlo debemos siglo de las luces y del movimiento, de la desvergüenza y de los buñuelos.

Se abrieron las Cortes, las Cortes se abrieron con el aparato que ya conocemos. El día, lectores, estuvo muy bueno, y muy lindas chicas el talle lucieron; y hubo diputados de los mas severos que, siendo muy duros, se pusieron tiernos; y en ellos hacían mucho mas efecto las dulces miradas de ojitos tan bellos, que la campanilla que toca a silencio cuando están hablando con mayor empeño; y, es claro, lectores, y yo lo comprendo, que el ser diputado no es impedimento para ser un hombre con carne y con hueso.

Mas de mil periódicos habrá en año nuevo; todos a políticos nos vamos metiendo, todos en botija caer pretendemos, todos somos sabios, todos somos buenos, todos ser ministros, todos ser Gobierno es lo que queremos. Nosotros tan solo, que no somos genios, con que a todos guste el Cascabelleo, con eso tan solo nos contentaremos; y vamos andando, y vamos viviendo, que suba el que pueda, que baje el mas lerdo, que mande don Roque, que mande don Pedro, que salga la luna por Despenaperros, nosotros, alegres, tocando el pandero, tocando la gaita, cantando y riendo, bailando la jota, bailando el bolero con los CASCABELES, nos las compendremos.

El Baile de máscaras no estuvo muy bueno, pero aplausos hubo... no lo entenderemos.

Don Julian Romea hizo *El testamento*, pero no se muere, lectores, por eso... ni Dios lo permita, que bien le queremos; y como se muera, nos damos por muertos los apasionados de su gran talento. Hacén en el Príncipe *El mundo por dentro*; y estamos, lectores, rabiando por verlo, aun cuando sería asunto mas nuevo *El mundo por fuera que El mundo por dentro*. Pues en Novedades hicieron ¡qué miedo! el don Juan Tenorio para los arrieros y los vendedores de aquellos extremos. Actores y público quedaron contentos, y se entusiasmaron en el cementerio. Sigue en la Zarzuela luciendo el maestro don Francisco Salas, nuestro amigo y dueño, que canta aquel *vito* con mucho salero, y no hay quien le gane en lo macareno. Y aqui la Revista se acaba, que tengo muchísimas ganas de cojer el sueño, y son ya las cuatro, las cuatro y sereno.

MODAS.

Señoras, hágannos ustedes la merced de aceptar esos dos trajes y esos dos adornos de cabeza, que tenemos el mayor gusto en poner a su disposición. Poco vale el regalo, pero sus maridos de ustedes no nos parece que pensarán lo mismo; mas como a ustedes, por regla general, les importa poco el parecer de sus maridos, tomen por de pronto los trajes, que luego ellos tendrán que pagar la cuenta.

TRAJE DE GLASÉ AZUL. Lo bajo de la enagua va guarnecido con un volante encañado de 12 centímetros de ancho: una cinta de terciopelo negro de 4 centímetros de ancho, va colocada en la pegadura de debajo de esta, y del mismo ancho salen patas ó presillas de terciopelo, del mismo largo que el ancho del volante, y colocadas y cosidas en los huecos de los cañones: cuerpo alto montante, manga entrecanacha de dos costuras, cuello y mangas de muselina bordada a bodequitos de realce, chal de glasé negro con un guipur estrecho todo alrededor y una cinta de terciopelo negra de 3 centímetros de ancho. Sombrero de crespon azul con dos plumas negras cruzadas de manera que una descansa sobre la parte superior del ala, y la otra sobre el bavolet.

TRAJE DE BATISTA DE LANA GRIS. La guarnición se compone de una tira de la misma tela que el traje, la cual tendrá 15 centímetros de ancho, adornada por ambos lados de una cinta de terciopelo negra de 3 centímetros de ancho. La tira está dispuesta en pliegues que, en número de cinco, alternan con un espacio algo menor que el que ocupan los pliegues. Este espacio va cubierto por un cuadrillé de terciopelo negro, cuerpo figaro con aldeta postillon, que se prolonga hasta la costura del costado. Mangas casi ajustadas repitiéndose en ellas, lo mismo que en la aldeta, el mismo adorno bajo de la enagua, aunque mucho mas pequeño.

Prendidos para baile ó teatro: el primero se compone de tres rosas silvestres de color fuerte, medio ocultas entre una triple roseta de encaje blanco con caídas tambien de encaje, sobre las que corre un cordón de capullos de rosas y hojas verdes. Este adorno se coloca en la parte superior de la cabeza entre dos bandós vueltos y rizados, dejando caer flotantes por detrás de ellos los cabos de encaje.

El segundo se compone de un grupo de amapolas y campanillas sobre un rizado de encaje negro.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua. Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, n.º 19.